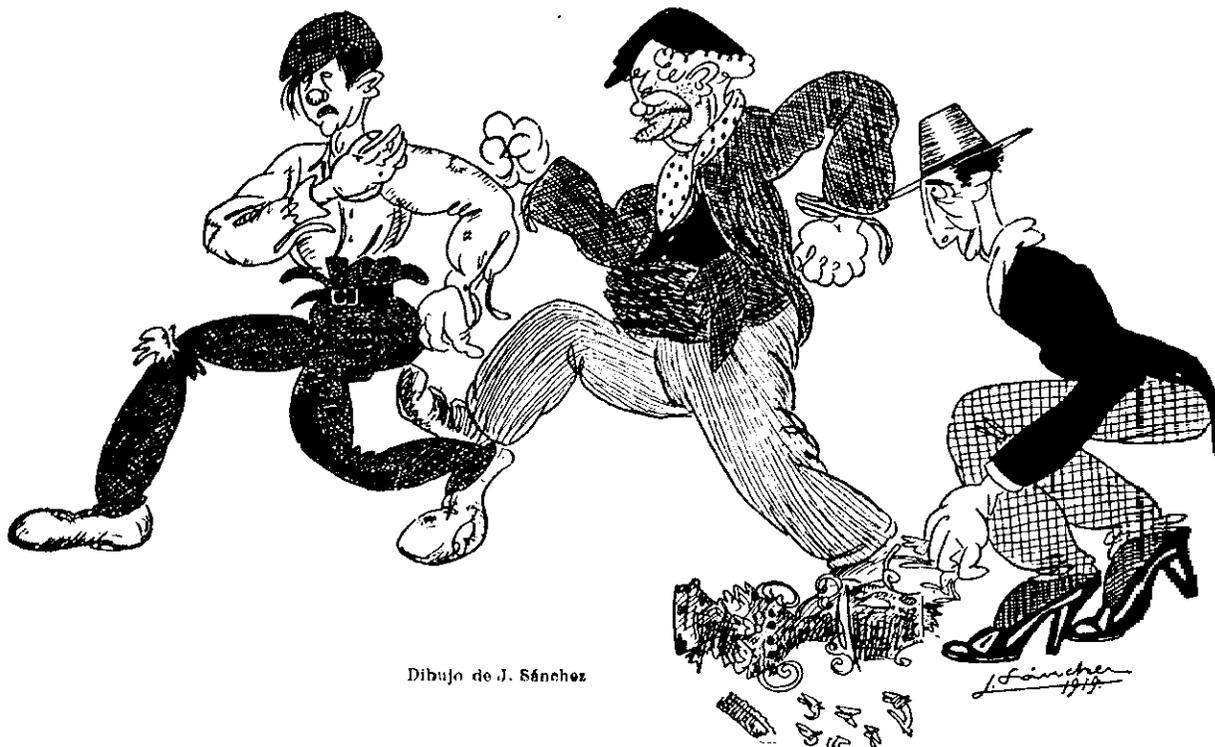


CUENTOS DE



Dibujo de J. Sánchez

¡SI LE REGALA EL QUINQUÉ!

por Narciso Díaz de Escovar

I

Es la calle de los Negros, de Málaga, copia modernizada de la antigua isla de Riarán, citada por Cervantes y Agustín de Rojas, el lugar de reunión de gitanos, de vagos y pendencieros, de rufianes y borrachos. Casas que se sostienen en pie por misericordia divina; paredes que fueron repelladas allá en los tiempos de Escotizquiz o Riego; puertas desvencijadas que amenazan romper la crisma a un pacífico cristiano; balcones que pierden el equilibrio y que se adornan de macetas, donde los rosales se mezclan con el maíz, los claveles con las tomateras y las campanillas con las calabazas; huecos irregulares con el nombre de ventanas donde apenas puede asomarse la cabeza de alguna curiosa vecina; tejados que por su frondosidad parecen jardines, que casi dejan ver centenares de tejas rotas, y un pavimento tan lléno de barrancos y sinuosidades, que un buen católico no debe atravesarlo sin previa confesión como si estuviera en peligro de muerte.

Forma el contraste de esta perspectiva la nota de color que ofrecen los grupos que a un lado y a otro de la calle presentan los vecinos. Mujeres con refajos grana y chaquetillas de verdosos colores, con el cabello salpicado de claveles y rosas, jazmines y dalias; gitanos de pantalón ceñido, chaqueta corta y sombrero ancho; pescadores de blusa azul y faja encarnada, y por reina, te corros de chiquillos, algunos en camisa y muchos desnudos por completo, que corren y gesticulan, que cantan y rien, que gritan y silban.

En la puerta de un corralón, almacén de carne hu-

mana, donde la higiene es un mito y donde la Junta de Sanidad no debió jamás asomar, esta la «Jazmina», una gitana de diez y siete años, más bella que un día de sol, con unos ojos que despiden rayos, unos labios que parecen flores de granado, unos dientes capaces de volver loco al más casto penitente y unos pies que al asomarse bajo la falda de *percal planchá*, despiertan todas las tentaciones soñadas y por soñar.

A un lado está el Camándulas, otro gitano de la misma calle del Pulidero, vestido con su traje de los domingos, muy lavado y peinado, con su gran cadena de plata, sus botillos de color de avellana y su báculo tradicional. Hablan y hablan sin cesar, sonríen de cuando en cuando y revelan una de esas felicidades que para sí quisieran los que viven en palacios y son reyes del capital.

II

Frente a la «Jazmines» y a «Camándulas» se ve un grupo de tres hombres sentados en el escalón de una puerta, que no cesan de mirar a la pareja amorosa mezclando la envidia con la curiosidad.

Es uno de ellos el tío «Mechinales», herrero de oficio, nacional entusiasta del año 73, (uno de aquellos que fueron al Norte á defender la Patria, formando parte del memorable batallón que tan tristes recuerdos dejaba en cuantas partes era recibido).

Tiene el cabello blanco, ancha frente, ojos hundidos, nariz aplastada, boca sin dentadura, pómulos salientes, y una sonrisa constante pero forzada, que dá un